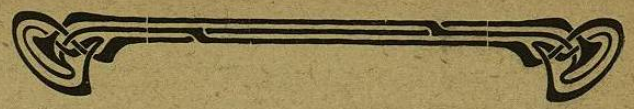


EL SISTEMA DE ROGER

PASEÁBAME por el bulevar con Roger, cuando un vendedor de romances voceó cerca de nosotros:

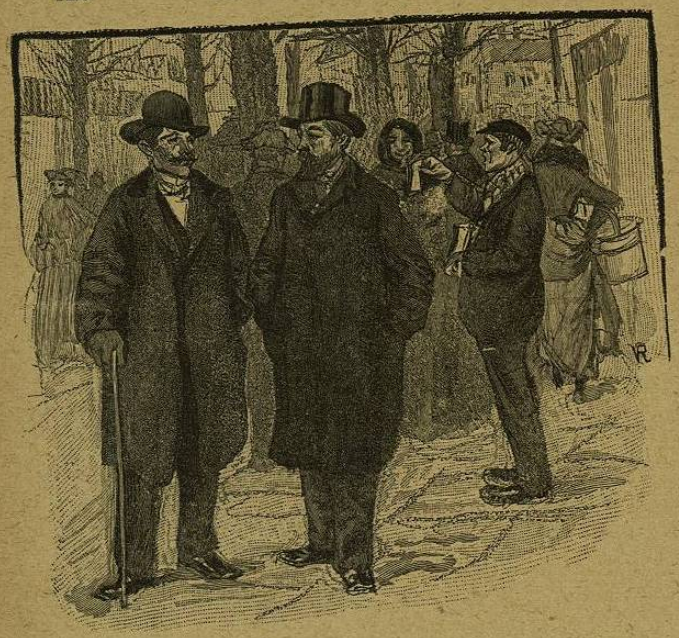
—¡Quién quiere uno! con la explicación de cómo un hombre se libra de la suegra. ¡Quién quiere uno!

Me detuve, y dije á mi camarada:

—Este pregón me recuerda una pregunta que deseo hacerte: ¿Qué significa eso del «sistema Roger», que tu mujer con tanta frecuencia repite? Da tanta intención á esa frase y la envuelve con tan chusca ironía, que supongo se trata de algo muy curioso, de algún bálsamo amoroso cuyo secreto posees. Cada vez que se habla de algún joven fatigado, agotado, rendido, ella se dirige á ti, riendo, para decirte:

—Será necesario indicar á ese infeliz el sistema Roger.

Y lo más gracioso es que al oir estas palabras te pones colorado.



Roger contestó:

—No me faltan motivos, y si mi mujer supiera de qué se trata, no insistiría seguramente. Quiero confiarte la historia que dió origen á esa frase. Ya sabes que me casé con una viuda, de la cual estaba muy enamorado. Mi mujer ha gustado siempre de conversaciones bastante libres, y antes de casarnos habíamos discutido muchas veces asuntos algo escabrosos, cosa permitida y corriente tratándose de

viudas que aún conservan en los labios el gusto picante del amor carnal. Agradábanla mucho los cuentos verdes, los chistes de color subido, sin que por esto se propasara ni perdiera la compostura. Los pecadillos de palabra no son graves en ciertos casos; ella es atrevida, yo soy algo tímido: y antes de casarnos divertíase con frecuencia comprometiéndome con preguntas y con bromas, á las cuales no era fácil responder. Acaso estos atrevimientos contribuyeron á enamorarme. Llegué á estar loco, enamorado de pies á cabeza, en cuerpo y en alma; ella lo sabía, la tunanta.

Decidimos, al casarnos, prescindir en absoluto de fiestas, ceremonias y viajes. Después de recibida la bendición en la iglesia, tomaríamos un piscolabis en compañía de los padrinos y testigos, iríamos á dar un paseo en coche los dos solos, y volveríamos á comer, solos también, á mi casa, calle de Helder.

Después que se despidieron todos, un coche nos llevó al bosque de Bolonia. Era en Junio y hacía un tiempo maravilloso.

En cuanto se vió sola conmigo, me dijo riendo:

—Mi querido Roger, ha llegado la hora de mostrarse amoroso. A ver cómo te luces.

Con esta inesperada brusquedad quedé confuso, como paralizado. Besándole las manos, yo repetía:

«Te quiero mucho; te quiero mucho.» Enardecido, resolví dos veces besarla en el cuello; pero los transeuntes me cohibían.

Entre tanto ella, provocadora y graciosamente, repetía:

—¿Y qué más? ¿Y qué más?

Este «¿y qué más?»..., tantas veces repetido, me descomponía y desconsolaba. No eran el coche ni el bosque de Bolonia, en pleno día, lugar á propósito para ciertas empresas amorosas... Ya comprendes.

Ella se divertía porque adivinaba mi turbación, y de vez en cuando murmuraba:

—Temo no haber acertado: me inspiras mucha inquietud...

Y también yo empecé á sentirme inquieto, á desconfiar de mi fuerza. Si me acobardo no soy capaz de nada.

En la comida estuvo deliciosa, y en cuanto fué posible, hice retirar al criado que servía la mesa... ¡Oh! Entonces no me propasé; pero hicimos todas las tonterías propias de amantes: beber en el mismo vaso, comer con el mismo tenedor; y á veces encontrábanse dulcemente nuestros labios.

Ella me dijo:

—Dame un poco de *champagne*.

Cogí la botella, corté los cordeles, empujé suavemente para que saltara el corcho; pero no saltó. Gabriela, riendo, murmuraba:

—¡Mal presagio!

Apreté con fuerza, tirando á un lado y á otro. ¡Inútil! y, al cabo, en vez de saltar el corcho, se rompió.

Gabriela suspiraba:

—¡Pobre Roger!

Cogí un sacacorchos, y ni aun con su ayuda conseguí destapar la botella. Tuve que llamar á Próspero.

Mi mujer reía con toda su alma, repitiendo:

—Bien, bien... ya veo que necesitas ayuda, que no es prudente confiar en ti...

Estaba muy alegre, y después del café llegó á embriagarse del todo.

Las preparaciones de una viuda para la primera noche no exigen las maternales ceremonias, imprescindibles cuando se trata de una soltera. Gabriela entró en su alcoba tranquilamente, diciendo:

– Fuma un cigarro mientras yo me desnudo.

Cuando me acerqué á ella desconfié de mí, lo confieso. Me sentía enervado, turbado, indeciso.

Ocupé mi lugar. Ella no me decía nada; mirándome y sonriendo con visible deseo de burlarse de mí. Aquella ironía, en aquel momento, acababa por desconcertarme, y, lo confieso, me hizo perder los bríos.

Cuando Gabriela reparó en... mi comprometida situación, no hizo nada para alentarme. Al contrario. Me preguntó con marcada indiferencia:

—¿Tienes á diario la misma viveza y la misma gracia?

No pude contenerme; y respondí:

—Eres insoportable.

Entonces ella soltó una carcajada ruidosa, inconveniente, irritante.

Verdad es que yo hacía una triste figura y que debía parecer un estúpido.

De vez en cuando, entre dos risotadas alegres, conteníase, ahogándose casi para decir:

—¡Vaya: valor! ¡Adelante! ¡Un esfuerzo, mi pobre Roger! ¡Un esfuerzo!

—Y la risa la dominaba tan bárbaramente, que gritaba y se retorcía de gozo.

Al cabo me sentí de tal modo abatido y descompuesto, que me hubiera revuelto contra ella, golpeándola, y, para no hacerlo, escapé.

Vestíme bruscamente, rabioso y sin pronunciar una palabra.

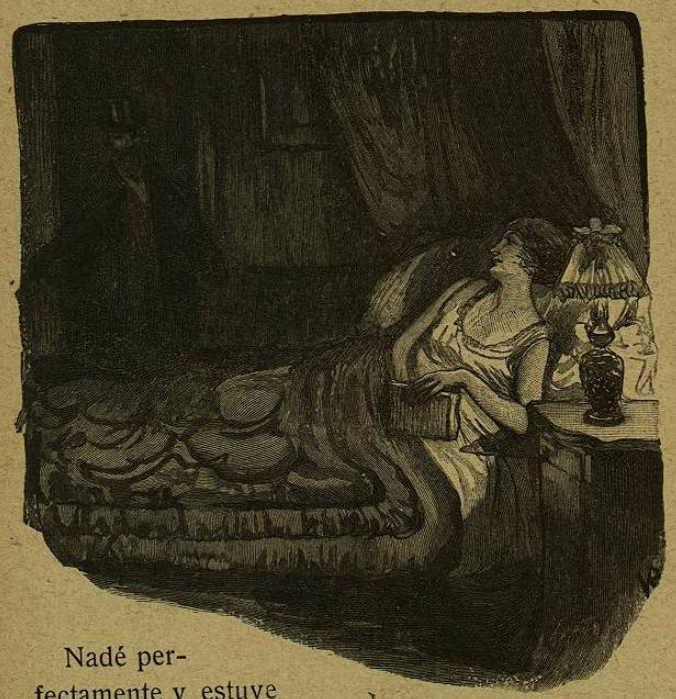
Ella se calmó de pronto al verme así. Comprendiendo que yo me había enfadado, me preguntó:

—¿Qué haces? ¿A dónde vas?

No contesté y salí á la calle. Tenía ganas de matar á cualquiera, de vengarme, de hacer alguna locura. Iba sin rumbo, caminando á grandes pasos, y de pronto me asaltó bruscamente la idea de entrar en una casa de placer.

¿Quién sabe? ¿No sería una demostración, un ensayo, un acicate? ¡Por lo menos resultaría siempre una venganza! Y si alguna vez mi esposa tuviese intención de serme infiel con otro, yo hubiera sido infiel antes.

No dudé. Conocía una casa pública, no distante de mi casa, y entré corriendo, como los que se arrojan ansiosos al agua para ver si saben nadar todavía.



Nadé perfectamente y estuve allí mucho rato, saboreando la venganza secreta y refinada. Luego me lancé á la calle, casi al amanecer. La frescura del aire me serenó; sentíme tranquilo, satisfecho, vigoroso y seguro de mí, dispuesto á toda clase de proezas.

Volví á mi casa muy despacio, y abrí suavemente la puerta de la alcoba.

Gabriela estaba leyendo; alzó la cabeza y me preguntó vacilante y temerosa:

—¿Qué te ha ocurrido? ¿A dónde fuiste?

No contesté, y desnudándome tranquilamente, ocupé de nuevo, como triunfante señor, el mismo lugar que antes abandoné temeroso.

Ella quedó asombrada y convencida de que yo había empleado algún recurso misterioso.

Por eso, á cada instante habla del «sistema Roger», como hablaría de un procedimiento científico infalible.

Pero, ¡ay! Pasaron diez años, y ahora la misma prueba no daría seguramente los mismos resultados; no sería eficaz, al menos para mí.

Sin embargo, si alguno de tus amigos, joven aún, teme las emociones de una primera noche de matrimonio, indícale mi estratagema, y asegúrale que de los veinticinco á los treinta y cinco años no hay manera mejor de prepararse á... enfilar bien las agujas—como hubiera dicho en su tiempo el señor de Brantome.

EL SECRETO

Al morir en Veziers-le-Réthel un hombre tan digno y estimable como el señor Leremincé, toda la población asistió al entierro, y las últimas palabras que pronunció, en elogio del muerto, el delegado especial de la prefectura, se grabaron en la memoria de aquellas gentes:

«¡Era un modelo de honradez y de prudencia!»

Modelo de honradez y de prudencia, seguramente lo había sido en todos los actos apreciables de su vida, en sus palabras, en su compostura, en su actitud, en su trato, en sus costumbres, en su vestir, hasta en la forma del sombrero y en el corte de la barba. No pronunció nunca una frase que no fuera ejemplar; nunca dió una limosna sin acompañarla de un saludable consejo; nunca tendió la mano á un amigo sin que su noble movimiento pareciera una bendición.

Dejaba un hijo y una hija. El hijo era diputado